

Francisco Grandmontagne: recuerdo de su figura

D. Santiago Aizarna

Escritor y crítico literario.

Perfil de Grandmontagne presentando una síntesis bio-bibliográfica del autor y una selección de opiniones y retratos hechos por algunos de sus colegas de la época. Reivindicación de su pertenencia a la generación del 98, así como la de otros nombres que hasta ahora han permanecido en la sombra.

Grandmontagneren nortasunaren islada, autorearen bizitzaren laburpena eta garai hartako kide batzuen zenbait iritzi eta zertzelada jasota. 98ko Belaunaldiko kide zela eta orain arte ezkutuan egondako hainbat izen ere belaunaldi horretakoak direla erreibindikatzeko da.

A profile of Grandmontagne presenting a bio-bibliographical synthesis of the author and a selection of opinions and portraits made by some of his colleagues of the period. A call for recognition of his membership of the generation of 98, together with that of other names that have remained in obscurity until now.

Conocí a Grandmontagne -literariamente se entiende-, a través de aquel *Album Gráfico Descriptivo del País Vasco* que, allá por el año 1914, se le ocurrió preparar y publicar a aquel curioso y polifacético personaje, hombre de presa y de empresa, constructor, magnate de la prensa, escritor, etc., que fue mi paisano oyarzuarra D. Rafael Picavea, fundador y director del periódico *El Pueblo Vasco*. En el volumen dedicado a Guipuzcoa, aparte de la minuciosa descripción de cada pueblo, insertaba trabajos literarios de personalidades del momento, y he de señalar que junto a la colaboración de Grandmontagne podían encontrarse firmas como las de Txomin Agirre, Práxedes Diego Altuna, Pío Baroja, José María Donosty, Carmelo de Echegaray, Francisco Gazcue, Juan Carlos de Guerra, Juan de la Cruz, los tres Laffite (Alfredo, Gabriel María y Vicente), Julián Logendio, Adrián Loyarte, Pedro Murlane Michelena, Gregorio de Múgica, Manuel Munoa, José María Salaverría, José María Sanz y Aldaz, Felipe Urcola, Juan Zaragüeta, etc., y con ilustraciones y comentarios artísticos sobre obras y trabajos de figuras como Elías Salaverría, Ignacio Zuloaga, José María Usandizaga, etc.

Este *Album* del que estoy hablando fue como una secuela lógica, una rama lujosa, un brazo aromado, de aquel *El Pueblo Vasco* de Picavea, una manifestación del poder que en poco tiempo había logrado después de su magnífica eclosión en las brumas del periodismo guipuzcoano, en donde habían pululado una serie de manchetitas en el primer vagido de la prensa guipuzcoana, tales como las de *El Eco del Comercio*, *La Opinión*, *El Urumea*, *El Diario de San Sebastián*, *La Voz de Guipúzcoa*, *El Guipuzcoano*, *La Unión Liberal*, *La Libertad*, *El Fuerista*, *La Constancia*, etc. Muchas manchetitas pero livianos periódicos, marcados, sobre todo, por su adscripción política, de los que se puede decir que solamente uno de ellos logró salvarse, *La Voz de Guipúzcoa*, y ello por la visión profesional de un gran periodista, Angel María Castell, que le dió corporeidad, fuerzas y un saber moverse en terrenos de tan movedizas arenas. Pido perdón por este salirme del tiesto hablando de la panorámica de la prensa guipuzcoana de otros tiempos, pero es que, en lo que personalmente me concierne, tiene mucho que ver, este personaje de Francisco Grandmontagne, en sí y para mí, con la prensa diaria y con mi conocimiento de su persona. De él dice Juan de la Cruz, un excelente periodista irunés que tanto tuvo que ver con Bilbao, que tenía una pluma que, “*por lo recia, dijérase tallada en un trozo de lingote*”. En *El Pueblo Vasco*, la firma de Grandmontagne alternó con las de Azorín (en cuyas páginas dió a conocer *Las confesiones de un pequeño filósofo*), Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, Manuel Bueno, etc., firmas que también figuraron allá por la década de los veinte y de los treinta en los famosos folletones de *El Sol* madrileño. Y, en cuanto a ese primer trabajo literario de Grandmontagne que yo leí, he de decir que su temática se ajustaba a un viejo deporte de nuestras gentes rurales que aún pervive, la “*Iri apustua*”, contada y cantada por Grandmontagne por medio de descripciones líricas sí, dentro de los usos literarios del momento, pero yéndose también, para mayor encanto del lector, por los gustosos caminos del

costumbrismo, del anecdotario simpático, de la caracteriología euskérica magníficamente observada y recogida.

Datos Bio-Bibliográficos

Pero, una vez narrado este mi primer encuentro con Grandmontagne, será obligatorio, supongo, dar algunos datos personales de este escritor que el tiempo ha ido marginando hasta tal punto que no es fácil encontrar textos suyos ni aun siquiera en las bibliotecas públicas.

Le viene a Grandmontagne, su apellido altisonante y egregio, tan “*magnamente orográfico y que no podía resignarse a permanecer desconocido*”, como él mismo manifestaba, naturalmente de la parte francesa, y él, dotado de un cierto sentido hipertrofiado del orgullo, lo lucirá convenientemente. Pero, por circunstancias de la vida, el nacimiento de Francisco Grandmontagne Otaegui, tiene lugar en Barbadillo de los Herreros (Burgos), en 1866, aunque, desde muy niño, pasa a vivir a Fuenterrabia u Hondarribia. Procedía su padre de Banka, precioso pueblo de montaña, como lo son todos los que se pueden visitar en esa zona geográfica de la Baja Navarra o Baxenabarre, un pueblo por donde discurre el río Aldude, al que se le une, en ese lugar de Banka, el Haira, antes de proseguir su camino hacia St. Etienne de Baigorri. Pertenecen todos estos lugares, junto con Alduides y Urepel, a esa especie de punta de lanza que Baxenabarre alarga hacia Navarra. Y, al hablar de Baja Navarra, parece obligado mencionar, aunque no sé por qué, a Huarte de San Juan y su *Examen de Ingenios*.

Por parte materna, procedía de Cegama, pueblo guipuzcoano por todos conocido, y del que también se pueden decir muchas cosas, pero entre las más obligadas parece estar la mención de Juanito Tellería Aguirrezabala, autor de una canción que todos los que peinamos canas, o no peinamos ninguna, nos sabemos de memoria, el *Cara al sol* (no en vano era amigo íntimo de los Ridruejo, Foxá, Mourlane, Miquelarena, Sánchez Mazas y Alfaro que idearon la letra)...aunque fue autor, también, de otras muchas obras como el poema sinfónico *La dama de Aitzgorri*, *Poema pasional*, *Aizean barnan*, *El cabaret de la Academia* (para Celia Gámez), *Urgull*, etc... Y ya que estamos hablando de Cegama y del 98, permítaseme otro inciso -al fin y al cabo el mundo y nuestra vida toda está llena de incisos hasta que se cierre el último paréntesis-, y en éste inciso de ahora citemos a aquel falangista-anarquista, un tipo realmente curioso que mucho tuvo que ver con Cegama por cuestión de una Papelera y que se llamaba Ernesto Giménez Caballero, cuya caricatura trazaba Juan Ramón Jiménez en *Españoles de tres mundos* definiéndole como “*escurridizo, tirante, ubicuo este madrileño futurero, fotografiado siempre desde sitio atrevido...*”. Un curioso personaje éste y que tantas cosas escribió sobre el 98, y nada menos que de los trece 98s de España. Cabría hablar también de Cegama, y adoptando ahora un tono épico-trágico-bélico, de la muer-

te, famosa muerte sin duda, de Zumalacárregui, con excelentes tintes costumbristas del célebre curandero Petriquillo. Pero, volviendo ahora a nuestro Francisco Grandmontagne y a su vinculación maternal cegamatarra, digamos que de ese pueblo guipuzcoano era Claudio de Otaegui, recordado varias veces por su sobrino, nuestro protagonista de esta charla, Francisco Grandmontagne, de quien, por ejemplo, hablando de “*el vascuence de Buenos Aires*”, en *Los inmigrantes prósperos*, y mencionando de pasada al príncipe Luciano Bonaparte, nos dice: “*De este amor del príncipe al vascuence guardo un lejano recuerdo personal, pues le ví muchas veces, siendo yo muy niño, en Fuenterrabía. Venía a consultar diversos problemas, relativos a la lengua, con el que mejor la escribía y la hablaba, Claudio de Otaegui (mi tío materno, maestro de escuela que me enseñó las primeras letras). Además de una copiosa obra propia, Otaegui tradujo al vascuence, en verso, muchas composiciones poéticas de los clásicos castellanos, de Calderón, Lope, fray Luis de León y de Santa Teresa. El castizo poeta eúscaro y el príncipe fueron grandes amigos; solían recorrer juntos las dos regiones del país vasco, la francesa y la española, estudiando las diversas formas de expresión de los labriegos y los pescadores*”.

Desde Fuenterrabía, y de las manos cuidadoras de su tío, el futuro escritor emigra a la Argentina, y es en este país donde dará comienzo a su agitada vida literaria. Aunque en no mucho uso, se deja tentar por ese extraño imán que nunca he entendido su por qué, de tantos y tantos escritores vascos que adoptaron un seudónimo literario. Cualquier afecto de victimismo podrá aducir que se trata de una herramienta de defensa. Lo cierto es que también Grandmontagne cayó en esa tentación casi invencible y adoptó el seudónimo de *Luis de Jaizquíbel*, lo de Luis no sabemos por qué, lo de Jaizquíbel lo entendemos por su estancia infantil-juvenil en Fuenterrabía. Dentro de la actividad literaria de que hablábamos, dirige en Buenos Aires la revista *La Vasconia*, de la que es cofundador con un hábil tipógrafo, José R. de Uriarte, en 1893, es decir, cuando contaba con 27 años. Como es fácil deducir por su título es una revista dedicada a tratar temas de interés para los componentes de la amplia colonia vascongada en la República Argentina. Duró en la dirección de esta revista unos nueve años, y en ese tiempo supo granjearse una estima muy especial a ambos lados del Atlántico tanto por los jugosos temas que tocaba como por la manera de tratarlos. No contento con esto, se pone a escribir su primera novela larga, cuyo protagonista lo busca en su propia persona en gran parte, así como en sus ambiciones y en sus ilusiones. *Teodoro Foronda* es el título de esta primera obra novelística, en la que se cuenta la historia de un joven emigrante a aquel país y que trabaja fuerte con su voluntad y sus miras puestas en llegar a la riqueza. Se trata de una obra que consiguió un gran éxito en su primera publicación, tanto por su calidad intrínseca como por ser considerada como una de las primeras y señeras obras que tenía a la emigración europea a América como tema o asunto principal. Contó también esta obra con los halagos de las primeras

espadas de la crítica de su tiempo, tales como Juan Valera, Francisco Navarro Ledesma (autor, a su vez, de un libro que, para mí al menos, resulta ser una auténtica joya, *El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes*), Miguel de Unamuno, Jacinto Octavio Picón, etc. Grandmontagne sigue escribiendo y publicando, buscando en su torno los asuntos novelísticos a tratar, y así, en *La Maldonada*, su leit motiv es la política americana y los malos modales empleados en su ejercicio, describiéndonos un Buenos Aires de tonos aldeanos, la revolución del 90, un levantamiento popular y militar que, aunque fracasó, hizo cesar a Juárez Celman y dar paso a un partido político, el primero de esta clase en Argentina, la Unión Cívica Radical, alargándose la novela a hablarnos de cuestiones interesantes relacionadas con la Pampa. Otro título de novela del burgalés-hondarrabitarra, *Vivos, tilingos y locos lindos*, puede dar lugar a un pequeño desconcierto. Los *vivos*, son aquí, los vivillos, los vividores; *tilingo* es un adjetivo utilizado tanto en Argentina como en Méjico, Paraguay, Uruguay y Perú, y que viene a significar persona que acostumbra a decir necedades y tonterías; y, en cuanto a *loco lindo*, viene a señalar al un poco chiflado, al extravagante o excéntrico alegre. Es decir, estamos aquí ante una fauna que va desde los vivillos a los juerguistas pasando por niñatos. Una novela que describe capas de sociedad que se intercomunican, novela que fue elogiada sin reservas por Miguel de Unamuno que la consideraba, por supuesto, como “*el mejor libro de su autor y uno de los mejores de la época, libro perdurable y remarcable, digno de ser releído y comentado, digno de ser considerado como ejemplo y patrón de otros tipejos semejantes como pululaban entre los Pirineos y la Punta de Tarifa, y aun por toda la Europa enfática y pedante de principios de siglo*”, en expresión unamunesca.

El regreso de Grandmontagne a España ocurre en 1902, aunque nunca dejó de mantener sus relaciones con América, sobre todo con la prensa argentina, a la que, en cierto modo, sirvió de mediador con las figuras literarias españolas del momento que se sintieron halagadas e interesadas económicamente por sus bien pagadas colaboraciones. La presencia de grandes escritores españoles del momento en las páginas, por ejemplo, de *La Nación* y *La Prensa* es una referencia infaltable y honorífica en la recogida de textos de cualquiera de los grandes nombres del 98. Eran, sin duda, los tiempos felices en que, en los periódicos, incluían grandes artículos ensayísticos; grandes, tanto por la calidad de los temas elegidos como por el espacio que les dedicaban. En este terreno, y volviéndonos ahora a España, hay que mencionar obligadamente los grandes folletones de *El Sol*, en donde colaboraron muchas de las grandes firmas del momento, entre ellas, por supuesto, Grandmontagne. Muchas de estas colaboraciones, como asimismo las que se publicaron en *El País*, *Caras y Caretas*, *El Tiempo*, etc., fueron recogidas en un volumen por la Editorial Aguilar, en una edición que, por lo escasa, hoy resulta una auténtica joya.

Los otros nombres del 98

Aunque no estuviera conforme con el sentir y el discurrir de los más empingorotados nombres de la generación del 98 y con su reiterado lamento victimista sobre todo, pertenece Grandmontagne a ella por derechos de nacimiento en primer lugar, y por mucho más como nos lo demostrará el excelente ensayista y crítico literario Guillermo de Torre. Es conveniente señalar que nació en el mismo año que Valle Inclán y Benavente, uno antes que Ganivet, dos antes que Unamuno y tres que Santayana. Y ya, ahora mismo, se nos ha metido en la lista otro de los grandes nombres de esa lista en la que casi nunca figura, Santayana, con el que Guillermo de Torre tantas afinidades le encuentra a Grandmontagne, en un primer decir, dos españoles que realizan su obra fuera de España, uno en un inglés de calidad excepcional, y el otro, *“en un castellano robusto, mediante el que se desquita espiritualmente de su expatriación física”*.

Esta inclusión de un nombre casi foráneo entre los noventaiochistas de nacimiento, nos da pie para hacer una revisión de los otros nombres del 98, que como el de Grandmontagne, han permanecido más bien en la sombra. Pedro Laín Entralgo, en su tan conocida obra sobre esta generación, nos dice que *“con Miguel de Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Pío Baroja, Valle Inclán y Menéndez Pidal están, precediéndoles en algo o subsiguiéndoles en poco, Angel Ganivet, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Ignacio Zuloaga, Manuel Machado, los hermanos Alvarez Quintero, Manuel Bueno, Silverio Lanza, tal vez Darío Regoyos, el pintor impresionista de Castilla. Los más jóvenes de esa estupenda promoción de españoles escapándose ya de ella hacia otro modo de sensibilidad históricamente ulterior; son el novelista Gabriel Miró, nacido en 1879, y el poeta Juan Ramón Jiménez, que ve la luz onubense en 1881”*. Se pudiera discutir su pertenencia o no a esta generación en cuanto a sentimiento compartido en algunas cuestiones atañentes a España y sus derrotas, pero al hilo de la ocasión que se me ofrece, creo que se puede añadir a esa lista, para dar una mejor panorámica de ese gran momento de la literatura en general, nombres como el de aquel peregrino y singularísimo escritor que fue Eugenio Noel (1885), Ciges Aparicio (1873), Ricardo León (1877), Alejandro Pérez Lugín (1870), Díez de Tejada (1872), Díaz Caneja (1876), etc., y hasta por el lado de la novela erótica se ofrecía una buena representación con los Felipe Trigo y Eduardo Zamacois (1865), Pedro Mata (1875), López de Haro (1876), Joaquín Belda (1880), y si, como hace Laín Entralgo con Miró y con Juan Ramón, nos prolongamos un poco más, nos encontraremos con personalidades tan acusadas como Martínez de Olmedilla y Cristóbal de Castro (1880), Ramón Pérez de Ayala, Emilio Carrere y Martínez Sierra (1881), Pedro de Répide (1882), Cansinos Assens, Emiliano Ramírez Angel, Luis de Oteyza y José Francés (1883), Félix Urabayen (1884), José Mas (1885), tipos tan curiosos como Antonio de Hoyos y Vinent (1885), Luis Antón del Olmet (1886), y tan sólo a dos años de distancia, Ramón Gómez de la Serna y Benjamín Jarnés,

nacidos ambos en 1888. Faltan, por supuesto, muchísimos otros nombres en esta abundantísima floresta, y para ampliarla, nos bastaría con echar un vistazo a las memorias de don Pío y a *Gente del 98* de su hermano Ricardo, y, mejor aún, a cualquier buen manual de Historia de la Literatura.

Opiniones sobre Grandmontagne

Volviendo a Grandmontagne, recobremos un poco su perfil de la manera como ha sido visto por algunos de sus colegas. Don Pío, en su *Galería de tipos de la época*, le ve como “*impertinente y grosero*”, a propósito de una agarrada con Maeztu quien, en cambio, le veía “*como un hombre superior a los demás*”. La anécdota está contada por don Pío de esta manera:

“Por una cuestión por el estilo reñí una vez con Ramiro de Maeztu. Estábamos en la redacción de un periódico de San Sebastián, titulado El Pueblo Vasco, el año 1903 ó 1904, varias personas: Maeztu, el director del periódico, Juan de la Cruz Elizondo, el escritor Grandmontagne, americano de adopción, y un joven del pueblo llamado Vignau.

Se habló de un artículo de Grandmontagne, en el cual había asegurado que en España no se fabricaba apenas papel. Vignau, dijo:

— Creo que está usted un poco engañado en esa cuestión. Si usted quiere, yo le acompañaré con mucho gusto a visitar algunas fábricas de papel de Guipúzcoa, y verá usted que no son tan desdeñables.

— ¿Para qué voy a ir a verlas yo, que he estado en las fábricas de papel de los Estados Unidos?

— Perdone usted -le dijo Vignau-. Esto me parece lo mismo que si yo le invitara a comer a mi casa y usted me contestase que había comido en los mejores hoteles del mundo.

— La opinión de usted me tiene sin cuidado -dijo Grandmontagne.

Entonces, yo me levanté de la silla y dije:

— Me voy. ¡Buenas noches!

Después, Maeztu me preguntó por qué había tomado aquella actitud; yo le contesté:

— Porque me pareció impertinente y grosera la contestación de Grandmontagne.

Maeztu, entonces todavía nietzscheano, dijo con empaque que se tenía derecho a ser grosero cuando se era un hombre superior a los demás, como Grandmontagne. Yo le repliqué:

— *Yo no veo en nada la superioridad de Grandmontagne, ni la suya*”.

El antes aludido Ernesto Giménez Caballero, nos da también su retrato, a propósito de una entrevista que le hizo en *El Sol*, en 1920, y que nos transcribe Elías Amézaga en un trabajo suyo titulado *Tres intelectuales vascos en América*: “*Bifronte periodista, Jano de los corresponsales, sabe acudir a la confluencia de las informaciones, tanto más cuando ésta se halla donde sus propias raíces de vasco, cercana de los valles guipuzcoanos en que sus padres se las plantaron. Lo grande de Grandmontagne es el modo de disponer los labios para despreciar y no otra cosa. Su talla es pequeñita, su mirada se auxilia con cristales. Su cabello se ve comprometidísimo para cubrir tanto cráneo. Su voz, a veces vibrante, no adquiere proporciones atronadoras por lo general. Visto de frente en un sillón sentado, cruzadas las magras piernas, con una mano descansada en los papeles de la mesa, se le supondría un grabado del siglo XVIII que imaginara un clérigo, un abate tormentoso y erudito, que ha intervenido en silentes intrigas tremendas y escrito un copioso comentario latino sobre Tertuliano. Todo lo más, un pequeño Montaigne. Parece así, Grandmontagne, reseco, arrugado, cenceño, con unas pupilas de hondo alcance, bañadas en el agua gelatinosa que le prestan los cristales de las gafas, su rostro de una impresión excepcional y antigua. Su rostro, tan superior al cuerpecillo delicado que le nutre*”. En este mismo trabajo, sigue Elías Amézaga diciendo que “*no gusta excesivamente de la palabrería hueca*”, que es “*incapaz de traducir lo profundo*”, y que, “*orfebre escrupuloso y detallista, de gran poder de síntesis, no deja nada por escribir*”, que “*prefiere entusiasmarse con el devenir de los pueblos que ama como seres vivos, San Sebastián, Avila, Hernani o Buenos Aires; o figuras históricas dispareas o controvertidas, Trajano o Santa Teresa, Keyserling o Víctor Hugo, El Empecinado, Mustafá Kemal (...), los Loyola de América, Irala, San Lesmes o Pirandello. Es uno de sus estudios impresionante el del conde España, siniestro personaje al que sigue en sus suplicios y asiste a su justicia final a manos de antiguos compañeros de armas*”. Hasta aquí Amézaga. En efecto, teniendo una idea de la manera de enfocar de Grandmontagne y de la personalidad de Carlos d’Espignac, conde de España, cuyas acciones gubernadoras tienen que ver con las tropas de la Santa Alianza, la cruel represión de la rebelión de los agraviados en Cataluña ahorcando aun a los que habían sido indultados por el rey, el régimen de terror que impuso en Barcelona ahorcando arbitrariamente y exponiendo sus cuerpos en las horcas de la Ciudadela, etc, se comprende que fuera un gran personaje para un escritor de fuerza y coraje.

Azorín, que fue su compañero de paseos donostiarra durante algún tiempo, en un largo artículo escrito en San Sebastián en 1929 y publicado en La Prensa bonaerense, nos dice: “*Grandmontagne tiene el culto de Quevedo: los dos escritores que más admira son Cervantes y Quevedo; a Quevedo se lo sabe al dedillo. No necesito decir que el maestro Baltasar Gracián es admirado tam-*

bién por mi amigo; Grandmontagne ha contribuido mucho a difundir en España el conocimiento de Gracián; es Grandmontagne uno de los gracianistas de primera hora”. Después de soltar una larga parrafada sobre Gracián, el Greco, Quevedo, etc, Azorín continúa: “Francisco Grandmontagne, entusiasta de Quevedo, quisiera alguna vez escribir un libro sobre el gran satírico; no lo ha hecho ya -son sus palabras- porque compenetrado con una labor, entrega a esa tarea toda su energía, todo su fervor”. Sigue diciendo Azorín que espera que Grandmontagne pueda hacer el libro con que sueña, porque “pocos hombres en el campo de la literatura española pueden sentir hoy a Quevedo como Francisco Grandmontagne. Escritor de gran independencia, de independencia indómita; estilista recio, vigoroso, coloreado, pintoresco; maestro en encerrar una idea en pocas y gustosas palabras, Grandmontagne tiene puntos de contacto con la sensibilidad de Quevedo, que no tiene ningún erudito al presente en España”, y después de una glosa muy al estilo azoriniano, de Quevedo, le insta a Grandmontagne al final del artículo a que escriba su libro sobre Quevedo, ya que los amantes de España y de las letras españolas se lo agradecerán profundamente.

El antes citado Guillermo de Torre, en su libro *Al pie de las letras*, le dedica también un capítulo a Grandmontagne, adjudicándole de entrada, el calificativo de “el noventaiochista evadido”, y de quien nos dice que fue “un ejemplo feliz de autodidacta”, no olvidándose decirnos, también, que era un hombre pequeño y cenceño, y que, llega a Buenos Aires cuando es casi un niño y “desembarca en la ‘gran aldea’ de los años 70 y asiste a la génesis de la ‘época aluvial’, al engrandecimiento acelerado de la Argentina, que desempeña los oficios más rudos, desde recadero a peón de chacra (obrero de granja), dependiente de pulpería (taberna-almacén en el campo) y pastor de ovejas. Vé cómo otros hacen grandes fortunas, pero él se aplica a estudiar, a formarse tenazmente una cultura”. Antonio Machado -en un homenaje que le rindieron los intelectuales madrileños, en 1921, en La Posada del Segoviano- lo dijo mejor que nadie: “El cronista de ambos mundos, bajo el sol -el duro pan se ganaba- y, de noche, -fabricaba su magnífico español. Escribe su primer artículo al filo de los veinte años, y desde entonces la pluma es su azadón cotidiano”. Nos habla de su primera novela y de cómo se constituye en “el más valeroso embajador de la España diferente que sus coetáneos peninsulares se afanan por crear tras el desastre” que es “el correspondiente oceánico de la generación del 98”; de cómo Unamuno alaba su novela *La Maldonada*, en un artículo que se hizo histórico porque suscitó una réplica de Rubén Darío “donde éste reacciona contra la imputación de ‘parisianismo’ extremado”, y que, “merced a la intercesión de Grandmontagne, Azorín, Ramiro de Maeztu, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset entran a colaborar regularmente en La Prensa”. Nos advierte, también, cómo no insiste en la novela y se aplica al cuadro de costumbres, como en *Vivos, tilingos y locos lindos* y en *Los inmigrantes prósperos*, “combinando las caracterizaciones psicológicas con la crítica social aunque su verdadera dedicación se vierte en el ensayo, ya que así pueden lla-

marse los densos artículos que a lo largo de varias décadas prodiga en La Prensa y otras publicaciones bonaerenses, valiéndole un sólido prestigio. Este se revalida en España -donde Grandmontagne volvió a vivir desde 1921- mediante los folletones insertos en El Sol, a partir de dicho año y hasta junio de 1936, fecha de su muerte”.

Terminaré mi ponencia, ya que el tiempo se me agota, dando lectura a breves trozos del capítulo que le dedica Guillermo de Torre:

“Quienes no alcanzaron a leer tales trabajos en su día, ni hallen fácilmente los libros citados de Grandmontagne, tiene ocasión de trabar conocimiento con su prosa, gracias a una oportuna publicación: unas Páginas Escogidas, 1920-1935 (Aguilar), prologadas por Ricardo Sáenz Hayes. Dos semejanzas fraternas solicitarán la atención del crítico, del lector un poco ducho en catar estilos literarios: la primera con Ramiro de Maeztu; la segunda, con Ramón Pérez de Ayala. Con aquél comparte Grandmontagne una curiosidad intelectual que rebasa el primer plano de gentes y pueblos, adentrándose en repliegues sociológicos; con el segundo, un casticismo idiomático de la mejor solera, donde se alían la copiosidad léxica y el donaire expositivo. Con todo, a Grandmontagne le diferencia del primero un liberalismo ineludible, y del segundo un arte literario menos cernido. Más a lo lejos puede adivinarse, gravitante, una reciedumbre vasca de estirpe unamuniana.

Sería pues, menester que en las relaciones, antes muy limitadas -según las pautas dadas por Azorín- pero luego muy variables y elásticas, que suelen trazarse de los componentes de la generación del 98, se reservara, en lo sucesivo, un lugar para Grandmontagne. La papeleta de admisión le fue ya expedida en el recordado homenaje madrileño; allí, por la pluma de Pérez de Ayala, se le encomiaba como ‘un ingenio felicísimo que ha conducido el habla castellana a términos de afluencia, vigor y galanura, dificultosos de emular’, como ‘un espíritu disertado que ha sabido elucidar los más contrapuestos negocios con doctrina suasoria nada árida’.

Cuando se ajuste definitivamente la historia puntual de las letras contemporáneas -para lo cual será menester encontrar un Menéndez Pelayo capaz de juzgar sobre los textos, leyendo todos los libros modernos como él leyó los de pasados siglos-, la figura, hasta ahora borrosa, de Grandmontagne, a quien llamé al principio el noventaiochista evadido (desasido, por el cambio idiomático, lo fue Santayana), se iluminará como la de un noventaiochista recuperado”.